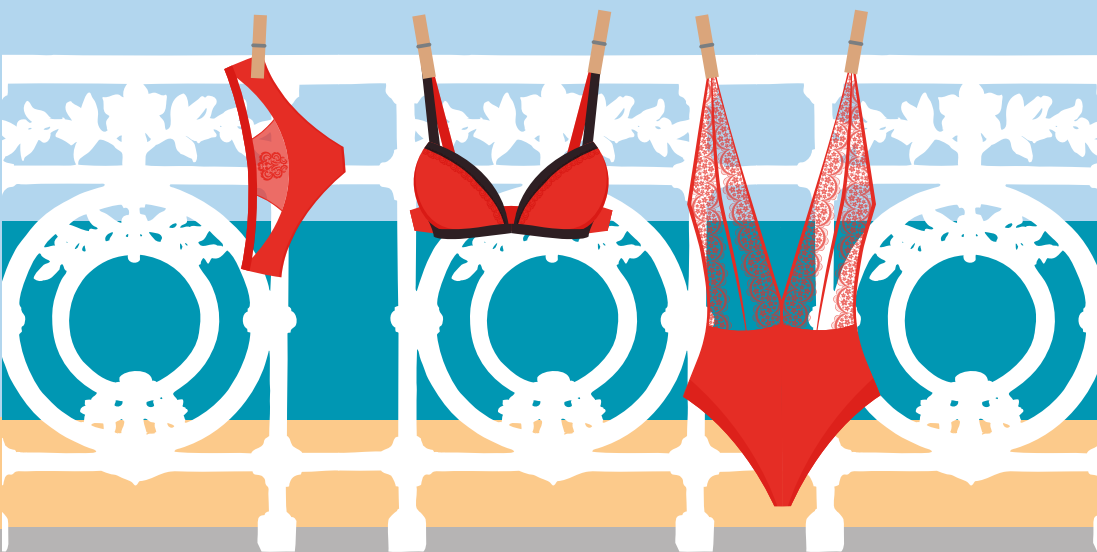


PATTY McMAHOU

*Muchos
apellidos*



*y yo solo quiero
a un vasco*

*Muchos apellidos y yo
solo quiero a un vasco*

Patty McMahou

Esencia/Planeta

© Patty McMahou, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imágenes de la cubierta: © Sitographics (barandilla) y © Freepik (ropa)
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: mayo de 2021
ISBN: 978-84-08-24174-4
Depósito legal: B. 5.208-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotapapel, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Lo cierto es que siempre he sido una mujer muy echada «pa'lante», pero desde hacía ya varios meses, y cada vez que estaba aquí, me preguntaba cuál era la motivación exacta que me llevaba, cada dos o tres días, a tirarme por los suelos, haciendo el mono o mirando el mundo desde una posición bastante incómoda, para ser más exactos: haciendo el pino. Y no, no es dormir en la cama de mala manera, tener una pesadilla y caer, o tal vez echar un polvo y hacer el tonto. Ni siquiera es echar una siestecilla y de tanto rodar en la cama acabar en esa postura tan rica, dándole la espalda a la vida. No, es simplemente que no sé por qué se me ocurrió apuntarme a esto del...

—¡Vamos, no quiero más excusas! —oí gritar.

«¿En serio, Jorge?» A ver, no. La que grita no se llama así, pero me acordé del anuncio en el que sale George Clooney y la agricultora de café sudamericana le replica, porque cae una gota de dicha bebida al suelo.

Estoy, en estos instantes, intentando no olvidar cómo era eso de respirar, porque si me pongo a hacer lo que me piden, sigo corriendo y se me olvida respirar, al final dirán que sí que soy rubia. Bueno, sí, soy rubia pero natural, nada de eso de «rubia de bote chocho morenote», aunque si digo la verdad, muy claritos no los tengo. Pero a ver, que me voy por las ramas y solo necesito concentrarme en no olvidar eso de inspirar y espirar.

—Que nadie se quede atrás, os estoy viendo hacer trampas —oí de nuevo los aullidos de la entrenadora.

—Recuérdame por qué nos apuntamos a esto. —Me llegó el resuello envuelto en palabras de Elena.

—¿Porque querías aprender inglés y aquí todo son palabras raras? —le respondí sin aliento.

—¿Qué? —Me miró como si estuviera viendo a un fantasma. Le devolví la mirada y respondí con algo más de coherencia.

—Yo no tengo ni puta idea, tú ya estabas aquí antes de que llegara yo —dije, volviendo a coger la barra de hierro y a cargarla por encima de mis hombros como si me creyera la medallista olímpica Lydia Valentín.

—Vamos, no os quejéis que hoy es un día muy suave —metió baza Irache, que, después de haber vuelto a poner más peso en su barra, regresaba donde estaba en un principio.

Elena y yo nos miramos anonadadas, observando cómo después de haber corrido un kilómetro, hecho cincuenta *sit ups*, otros cincuenta *burpees* y diez *box jump*, colocaba en la barra que tenía en el *rack* diez kilos más a cada lado para seguir haciendo máximos en *shoulder press*.

A ver, que todo esto que estoy hablando es un poco raro, a mí, por lo menos, me lo pareció el primer día que vine a Cross-Fit. ¿Habéis visto por qué decía lo del inglés? Es fundamental para poder practicar este deporte del infierno, pero ahora tranquilos, que voy a explicar en palabras sencillas lo que se supone que estábamos haciendo: abdominales, unas flexiones raras con saltito al final, salto a una caja de madera y lo último es poner la barra de halterofilia en un tipo de sujeciones que se parecen más a unos aparatos de sadomasoquismo que a algo deportivo, para coger desde allí el peso y levantarlo por encima de los hombros.

De acuerdo, estamos locas, lo admitimos y comprendemos que esto que estoy contando solo lo pueden entender algunos desquiciados más que hacen el mismo deporte. Pero de algo hay que morir, ¿no? Pues yo quiero morirme rápido y que así la sangre, al no llegarme a la cabeza, me haga perder el sentido y no me entere de nada. ¡Plof! De golpe, sin dolor... Aunque si lo pienso bien, en realidad eso del dolor no es de lo que me estoy librando cada vez que

vengo al box (abro paréntesis para continuar explicando que es así como se llaman los gimnasios de CrossFit).

—Qué «ajco» le tengo —soltó Elena.

—Es una profesional —intenté defender a Irache.

—No la defiendas tanto —volvió a resoplar intentando tomar aire—, es una «ajquerosa».

—A ver, chicas, que si podéis hablar es que aún no estáis cansadas —dijo Betty, nuestra coach de CrossFit.

—Es que yo no soy tío y puedo hacer dos cosas a la vez —se justificó Elena.

—Pues aún no te he visto levantar ni una vez la barra, Elena —apuntó la entrenadora.

—Voy, voy... Es que estoy midiendo mis fuerzas.

—Ya, las que vas a necesitar después para comerte el bocata de beicon con queso, ¿no? —la piqué mientras ya me marchaba a levantar lo mío, que ahí se había quedado solito, para no oír su respuesta.

Pero sí, en algo tenía razón Elena, bueno en un par de cosas. Primera, siempre nos preguntábamos por qué nos habíamos apuntado a esto si nos mataba poco a poco. Y segunda, sí, Irache era una «ajquerosa», aparte de ser guapa, fuerte y disciplinada como la que más.

Cualquiera que nos conociera pensaría que era imposible que fuéramos amigas o quizás, pensando que lo éramos, lo raro de juntarnos a hacer este deporte de locos. Sí, éramos un grupo un poco dispar que se había conocido entre los dolores de manos, muñecas, espalda, agujetas imposibles de soportar y varias dolencias más que, aunque fastidiosas, nos hacía estar cada vez más enganchadas a esta modalidad deportiva. Ciertamente es que alguna vez había pensado seriamente sobre la semejanza entre el CrossFit y los hombres, ya que nos hacen daño, pero nos enganchan de la misma manera. ¿Sadomasoquistas? Posiblemente, pero no veas cómo lo disfrutábamos.

Bueno, pues Elena, Irache y yo, que me llamo Alina, nos conocimos aquí, en este raro lugar al que llamamos *box*. Al principio, hace cuatro años, cada una iba a su bola. Hacíamos el entreno, nos

reíamos y poco más, pero todo cambió el día que Elena apareció con los ojos rojos y después de echar hasta la última papilla en el WOD del día, por lo duro que fue (*Work of day*, o lo que es lo mismo, el entreno principal), se nos abrió de par en par en las duchas y nos contó lo que le pasaba.

Aquel mismo día, su novio había recogido todas sus pertenencias de la casa que compartían y se había marchado a los brazos de otra mujer...

Así que ni cortas ni perezosas y sabiendo que nadie nos esperaba en casa, Irache tenía a su marido de turno y yo, bueno... os lo cuento en un momento, nos la llevamos a tomar algo para que la pobre se sintiera arropada y pudiera desahogarse fuera de los vestuarios sin que nadie la estuviera agobiando más de lo que ella ya se sentía.

Desde ese día, y hasta hoy, hemos seguido manteniendo la rutina de tomarnos un café, o lo que surgiera, después de acabar la clase. Y sí, desgraciadamente para los *coaches*, nos hemos convertido en el trío calavera del *box*.

—¡Buen trabajo chicos! —dijo Betty justo en el momento en que el reloj sonó, marcando el fin de la clase.

Yo me tiré al suelo, creo que Elena hizo lo mismo, suficiente tenía yo con lo mío como para preocuparme de lo de los demás, e Irache vino a darnos la enhorabuena por la clase.

—Ni suda, la hija de puta —señaló Elena—. ¡Y yo no puedo respirar!

—Anda que no sudo. —Irache se levantó la camiseta para enseñarnos un hilito de lo que parecía sudor que caía por su pulcro y liso estómago.

—¡Puaj! —Me puse las manos en la cara—. No nos enseñes eso, so perra.

Irache la pobre se miró asustada, quizá pensó que se le estaba viendo la cicatriz de la cesárea, aunque pensándolo mejor, se debió dar cuenta de que eso no era posible.

—¡Joder! ¿qué os pasa? —Tanto Elena como yo conseguimos levantarnos—. ¿Es que se me ve algo raro?

—Algo asquerosísimo —solté, señalando uno de aquellos pe-

queñitos bultitos que sobresalían ligeramente por debajo de la piel del estómago.

—Oye en serio, ¿qué? Me estoy asustando. —La pobre no hacía más que mirarse debajo de la camiseta.

—A ver, nena, que estás más fuerte que el vinagre, que das mucho asco... —le soltó Elena en tono de burla.

—¡Qué imbéciles sois! Y lo mío es constitución. —Se bajó la camiseta dándose la vuelta y se fue camino del vestuario para no hablarnos.

—Sí, la española que es inamovible, como tus abdominales —le dije yo, siguiéndola después de haber tenido que usar de nuevo mis doloridos músculos para levantarme.

* * *

—¡Ya están aquí mis clientas favoritas! —Chiki, el dueño del bar nos dio la bienvenida.

—No seas tan efusivo que estamos para el arrastre —soltó Elena en voz alta sin ni siquiera mirarle.

—Con lo que yo te quiero y qué poco caso me haces... —respondió él.

—Anda, calla y ponte a currar —bufó mi amiga.

Ya sentadas a la mesa le dije por lo bajo:

—Si no supiera que es casi imposible, juraría que vosotros dos habéis tenido algo.

—Eso es lo que él quiere, repetir..

Irache y yo nos miramos con los ojos abiertos de par en par. Sabíamos que Elena era de las que tomaba lo que le apetecía, fuera humano o no. Pero cada día nos sorprendía con nueva información.

—¿En serio te has tirado al Chiki? —preguntó seria Irache.

—Oye, que una mala tarde la tiene cualquiera —se defendió Elena.

—Joder, tía, que es el colega más pesado del planeta Tierra —solté.

—Repito, una mala tarde..

—... la tiene cualquiera —respondimos las dos a la vez.

—Pero ¿cómo fue? —Irache insistió.

—Un viernes vine a última hora a entrenar y no tenía plan, me tomé unas cañas con algunos compañeros y con la tontería...

—¿Y esto fue...? —pregunté yo.

—El viernes pasado, y no veas qué pesado el tío...

Abrimos mucho más los ojos...

—¿Lo de siempre, chicas? —le oímos preguntar de lejos.

—Sí, por favor —le respondí.

—A veces me pregunto... —Elena cambió de tema sin dejar que pudiéramos seguir metiendo el dedo en él.

—¿Tú te haces preguntas? —le soltó Irache señalando con la cabeza hacia la barra.

—Oye, que me estoy poniendo seria. —Elena intentó poner seriedad al momento.

Irache levantó las cejas y la dejó continuar; yo pasaba de decir nada, después de lo oído podía recibir algún dardo y eran las seis de la tarde. Además, acababan de ponerme un bocadillo de jamón delante de mis narices que estaba a punto de hacerme llorar. Así que mientras ellas dos se pasaban los turnos, mi principal función era darle caña al bocata como si no hubiera un mañana.

Este era nuestro pequeño momento de relax después de nuestra clase. Nos duchábamos y ya, limpietas y aseaditas, nos tomábamos algo antes de tener que salir corriendo para darle continuación a nuestras vidas.

—A lo que voy, que estoy un poco hasta las narices de mi trabajo y de mis jefes. Estoy pensando en dejarlo todo y comenzar de nuevo. —Y le dio un mordisco a su bocadillo de beicon con queso recién hecho.

—Vamos a ver —le dije yo—, esto que estás contando es fruto de tu falta de oxígeno en estos instantes —me limpié la boca con una de aquellas inútiles servilletas de bar— o soy yo que después de la otra noticia te he entendido mal, así que come, anda.

—Oye, creo que después de mucho tiempo la acabo de oír decir algo con sentido —Irache le echó un cable.

—¿Ves? Ella me entiende —se defendió Elena.

—Hombre, es que la última vez que hablamos contaste lo del tío con el que te enrollaste y que después de correrse se te durmió encima. O sea, eso no es muy normal —intervino de nuevo Irache.

—Joder, qué capulla eres; por lo menos yo follo, no como otras... —Elena la miró directamente.

—Ya, pero lo mío lo puedo remediar cuando quiera y sin follarme a cualquier cosa —soltó Irache indignada, haciendo referencia a lo del camarero.

—Bueno, a ver —me metí por medio—, eso no es lo que nos cuentas, Irache, que desde que tuvisteis a la niña, entre los turnos de tu marido, los tuyos y que la niña siempre está en el medio... como que la cosa va mal en ese sentido.

—¿Me prestas tu *satisfyer*? —Irache me miró.

—Ni de coña, que tu marido te coma el coño como mandan los cánones —le solté.

—Si es que no sé de qué manera. —Se llevó las manos a la cabeza—. No coincidimos sin que la niña esté en el medio y si no es el uno, el otro se duerme...

—Oye, la que estaba hablando era yo. —Elena quería su cuota de atención.

Irache y yo la miramos y asentimos, dándole a entender que queríamos seguir escuchando lo que tenía que decir.

—Pues que creo que necesito un cambio de vida. No doy con el hombre de mis sueños, no soy capaz de ser feliz en mi trabajo y lo dicho...

—Pues te aseguro que buscándolo en esta barra de bar... —Irache volvió a lanzar una pulla.

—¿Y qué piensas hacer? —le pregunté yo, después de ver la cara de Elena, a punto de soltar una burrada.

—No lo sé, pero creo que admitirlo es un primer paso. —Elena dio un sorbo a su café, olvidando responder a Irache.

—Madre mía, esto parece alcohólicos anónimos, pero con café con leche —puse los ojos en blanco.

—Tú riéte, pero dime si te encanta la vida que tienes, ¿eh? —me provocó.

—Bueno, no creo que ser madre soltera sea una de las cosas más maravillosas del planeta, pero me apaño —me defendí.

—Soltera, pero no entera —puñaladita de Irache.

—No comencemos, por favor —quise cambiar de tema—, yo ya estoy divorciada.

—Ya, ya... —Elena metió el dedo en la llaga.

Mi móvil comenzó a sonar. ¡Salvada por la campana! Miré la pantalla y tuve que poner los ojos en blanco. Me pillaron, era mi ex llamándome por teléfono.

—Es él. —Irache se terminó su café.

—Claro que es él —sentenció Elena.

—Pues claro que es él, me tiene que traer al niño. —Dejé el dinero en la mesa y me marché sin despedirme.

Menos mal que ya me había comido el bocadillo.